

persas, ni griegos, ni galos, que se formase una concepción tan trágica de la vida? ¿Hay uno que poblara su pensamiento infantil de imágenes tan fúnebres? ¿Hay uno que haya desterrado tan completamente de sus ensueños la dulzura del goce y la molicie de la voluptuosidad? El esfuerzo, el esfuerzo doloroso, la exaltación en el esfuerzo: he ahí su estado preferido. Carlyle decía acertadamente que en la sombría obstinación del trabajador inglés subsiste aún la rabia silenciosa del antiguo guerrero escandinavo. Luchar por luchar es todo su goce. Con qué tristeza, con qué furor y con qué estragos se desborda semejante naturaleza, se verá en Byron y en Shakespeare; con qué eficacia, con qué beneficios se encauza y utiliza bajo las ideas morales, se verá en los puritanos.

IV

Se establecen en Inglaterra, y, por desordenada que sea la sociedad que los une, fúndase, como en Germania, sobre sentimientos generosos. La guerra estalla en todas las puertas, es cierto; pero detrás de todas las puertas alientan las virtudes guerreras: el valor y la fidelidad. Dentre del bruto habitan el hombre libre y el hombre de corazón. No hay entre ellos uno solo que no pueda hacer ligas, salir á combatir y acometer empresas por su cuenta y riesgo (1). No hay grupo de hombres libres que no renueve continua-

(1) Véase la vida de Sueno, de Hereward, etc., aun en el tiempo de la conquista.

mente, en el Witenagemot, sus alianzas con los demás. Cada parentela, dentro de su marca, forma una liga cuyos miembros, «hermanos de la espada», se defienden unos á otros, y reclaman unos por otros, á expensas de su sangre, el precio de la sangre. Cada jefe sabe que tiene, no mercenarios, sino amigos, en los fieles que beben su cerveza, que han recibido de él, en prueba de estimación y confianza, brazaletes, espadas, armaduras, y que el día del combate se interpondrán entre él y el adversario (1). En esa joven sociedad hierven la independencia y la audacia con violencias y excesos; pero ambas son, en sí mismas, cosas nobles, y los sentimientos que las disciplinan, es decir, la adhesión afectuosa y el respeto de la fe jurada, no lo son menos. Esos sentimientos aparecen en las leyes, y brillan en la poesía. Aquí la grandeza de alma es la que presta asunto á la imaginación. Los personajes no son egoístas y astutos como los de Homero. Son corazones excelentes, sencillos (2) y animosos, «fieles á sus parientes, leales á su señor, constantes con el amigo, firmes contra el adversario», pródigos de valor y dispuestos al sacrificio. «Viejo y todo como soy, dice uno de ellos, de aquí no he de moverme. Pienso morir al lado de mi señor, cerca de ese hombre á quien tanto he querido... Cumplió su palabra, la palabra que había dado á su jefe, al repartidor de los tesoros, prometiéndole que volverían juntos á la ciudad, que tornarían sanos y salvos á sus hogares, ó que los dos caerían en el lugar de la matanza, expirando á consecuencia de sus heridas. Permanecía como un servidor leal al lado de su señor.» Aun-

(1) *Beowulf*, *passim*. Muerte de Byrhtnoth.

(2) «Gens nec callida, nec astuta.» Tácito.

que torpes para expresarse, sus antiguos poetas encuentran palabras conmovedoras cuando se trata de pintar esas amistades viriles. Impresiona oírles referir cómo «el anciano rey abrazó al mejor de los thanes, y le echó los brazos al cuello...», cómo «corrían las lágrimas por las mejillas del jefe de cabeza cana... ¡Quería tanto á aquel valiente! No podía contener la ola que subía de su pecho. ¡Desde lo más profundo de su corazón suspiraba secretamente por aquel hombre querido!» Aunque pocos, los cantos que nos quedan, vuelven sobre este tema continuamente: el hombre desterrado piensa en sueños en su señor (1); «le parece que le besa y abraza, y que pone las manos y la cabeza sobre sus rodillas, como en otro tiempo, como en aquellos días en que disfrutaba de sus dones. En esto despierta el mortal sin amigos. Ve delante de sí los caminos desiertos, las aves marinas que se bañan extendiendo las alas, la escarcha y la nieve que descienden, mezcladas de granizo. Entonces son más graves las heridas de su corazón». «Muchas veces, dice otro, habíamos decidido los dos que nada podría separarnos sino la muerte. Ahora han cambiado las cosas; y nuestra amistad es como si nunca hubiese existido. Tengo que habitar aquí, lejos de mi querido amigo, sufriendo enemistades. Se me obliga á permanecer debajo de los follajes del bosque, debajo de la encina, en esta caverna subterránea. Fría es esta casa de tierra. No puedo tolerarla. Oscuros son los valles, y altas las colinas; triste recinto de ramaje, cubierto de zarzas; morada sin alegría... Mis amigos están en la tierra. La tumba guarda á los que amé. Y yo aquí

(1) *The Wanderer, the Exile's song. Codex Exoniensis*, publicado por Thorpe.

ando solo, antes de amanecer, bajo la encina, entre estas cuevas subterráneas... Muchas veces me ha agobiado aquí de pena la partida de mi señor.» Entre las costumbres peligrosas y la perpetua apelación á las armas, no hay aquí sentimiento más vivo que la amistad, ni virtud más eficaz que la lealtad.

Con este apoyo del sólido afecto y la fe prometida, toda sociedad es sana. Lo es el matrimonio como el Estado. Vemos á la mujer confundida con los hombres en los festines, seria y respetada (1). Habla, y se la escucha. No es menester esconderla ni esclavizarla para contenerla ó protegerla. Es una persona, y no una cosa. La ley exige su consentimiento para el matrimonio; la rodea de garantías y la provee de protecciones. Puede heredar, poseer, legar, comparecer ante los tribunales de justicia, en las asambleas de condado, en la gran asamblea de los sabios. El nombre de la reina y el nombre de otras varias damas aparecen inscritos varias veces en las actas del Wite-nagemot. La ley y las costumbres amparan su personalidad como la del hombre. Lo que la ata y sujeta, como al hombre, es el corazón. Hay en Alfredo (2) un retrato de la esposa, que iguala en pureza y elevación á cuanto han podido inventar nuestras delicadezas modernas: «Tu mujer vive ahora para ti, para ti solo. Por eso no ama nada, excepto á ti. Tiene bienes de sobra en esta vida, pero todos los ha desdeñado por ti solo. Los ha dejado todos, porque no te tiene á ti con ellos. Tu ausencia la hace creer que todo lo que posee no es nada. Así, por amor á ti se consume, y

(1) *Beowulf*, 48; Turner, III, 68; *Pictorial history*, I, 340

(2) Alfredo toma ese retrato de Boecio, pero le rehace casi íntegramente.

está á punto de morir de tristeza y de pena.» Ya en las leyendas de *Edda* se ha visto á Sigrun en la tumba de Helgi «con tanta alegría como los voraces gavilanes de Odino cuando saben que les tienen preparadas las presas calientes de la matanza»; se la ha visto, decimos, querer dormir aun en los brazos del muerto y morir al fin sobre su sepulcro. Aquí no hay nada semejante al amor tal y como se ve en las poesías primitivas de Francia, de Provenza, de España y de Grecia. Le falta toda alegría, todo atractivo; fuera del matrimonio, no es más que un apetito feroz, una sacudida del instinto bestial. En ninguna parte aparece con su encanto y su sonrisa: en esa antigua poesía no hay una canción de amor. Es que allí el amor no es un entretenimiento y una voluptuosidad, sino un compromiso y una abnegación. Todo es allí grave, y hasta sombrío, en las asociaciones civiles como en la sociedad conyugal. De igual suerte que en Germania, entre las tristezas del temperamento melancólico y las rudezas de la vida bárbara, no se ve dominar y obrar sino las más trágicas facultades del hombre: el profundo poder de amar y el gran poder de querer.

Por eso el héroe, aquí como en Germania, es verdaderamente heroico. Hablemos de él detenidamente; nos queda uno de los poemas casi íntegro: el de Beowulfo. Oigamos los relatos que, sentados en sus esca- beles, á la luz de las antorchas, escuchaban los thanes bebiendo la cerveza de su príncipe: en ellos se ven sus costumbres, sus ideas y sentimientos, como las ideas, los sentimientos y las costumbres de los griegos en la *Ilíada* y la *Odisea*. Es un héroe ese Beowulfo, y un caballero antes de la época de la caballería, como los guías de las bandas germánicas son jefes feudales an-

tes de la época del feudalismo (1). Ha «bogado por el mar, oprimiendo en su mano la espada desnuda, entre las furiosas olas y las heladas tempestades, cuando el furor del invierno hervía sobre las ondas del abismo; los monstruos del mar le atraían al fondo, sujetándole con sus garras horribles. Pero él ha alcanzado á los miserables con su espada, con su hacha de guerra; ha embestido á la gran bestia del Océano y ha dado muerte á nueve nicors.» (2) Ahora hele aquí viniendo al través de las olas en socorro del viejo rey Hrothgar, que se halla afligido en «el alto salón de hidromiel», sentado con sus thanes. Porque «un espantoso desconocido, un demonio habitante de los pantanos», Grendel, entró de noche en su salón, cogió á treinta nobles que dormían, y se llevó á su bañil los cadáveres; hace doce años que «el ogro de las guaridas», la bestial y voraz criatura, el pariente de los Orcos y de los Iotos, devora á los hombres y «aniquila las mejores casas». Beowulfo, el gran guerrero, se presta á combatirle él solo, cuerpo á cuerpo, vida por vida, sin espada ni cota de malla, «porque no hacen mella las armas en la piel del maldito». Sólo pide que, si muere, se lleven su cuerpo ensangrentado, le entierren, pongan una señal sobre «su húmeda morada (3)», y envíen á su jefe Hygelac «su mejor cota de acero».

Se acuesta en el salón, «confiando en su arrogante fuerza»; y cuando se levantan las nieblas de la noche, hete aquí á Grendel que arranca la puerta con

(1) Kemble opina que el fondo de este poema es muy antiguo, quizá coetáneo de la invasión de los anglos y sajones, pero que la redacción actual es posterior al siglo VII. *Kemble's Beowulf*, texto y traducción. Los personajes son escandinavos.

(2) Monstruos del agua.

(3) Fen-dwelling.

las manos, y cogiendo un guerrero, «le desgarró de improviso, muerde su cuerpo, bebe la sangre de sus venas, y se le engulle bocado tras bocado». Pero Beowulfo le ha cogido á su vez. «El salón regio tronaba. Se había desparramado la cerveza... Los dos eran furiosos, duros y fuertes combatientes. La casa retumbaba. Gran maravilla fué entonces que la sala de beber pudiese resistir á los dos leones de la guerra, y que no se desplomase en el suelo el hermoso palacio. Arreció otra vez el ruido. Fué un terror tremendo para los daneses del Norte, para todos los que oyeron aquel rugido desde el muro, para todos los que oyeron al enemigo de Dios entonar su canto lúgubre, su canto de derrota, y quejarse de su herida... El infame maldito sufría la herida mortal. Tenía en el hombro una gran llaga visible; tenía arrancados los músculos, y habían crujido las junturas de los huesos. La victoria quedaba por Beowulfo. Grendel se veía obligado á huir, herido de muerte, á su refugio de los pantanos, en busca de su lúgubre vivienda. Sabía bien que era llegado el fin de su vida, que el número de sus días estaba cumplido.» Porque había dejado en el suelo la mano, el brazo y el hombro, y en el lago de los nicors, donde se había vuelto á zambullir, «borbotaban las aguas henchidas de sangre, con su manantial impuro revuelto y caldeado por la ponzoña, y manchado su color por la muerte; con los borbotones subían á la superficie cuajarones de sangre». Quedaba un monstruo hembra, su madre, «habitante como él de las frías corrientes, y terror de las aguas», la cual vino de noche, y entre las espadas desnudas arrancó y devoró otro hombre, Eschere, el mejor amigo del rey. Levantóse gran clamor en el palacio, y volvió á ofrecerse Beowulfo. Marcharon á la guarida, á un si-

tio desierto, refugio de lobos, cerca de los promontorios donde el viento sopla, donde «un torrente de las montañas, precipitándose entre la oscuridad de las colinas, se internaba bajo tierra». «Los bosques, sostenidos por sus raíces, proyectaban su sombra sobre el agua. De noche podía contemplarse una maravilla: fuego sobre las ondas»; el ciervo, acosado por los perros, «hubiese dejado su alma en la orilla» antes que sumergirse allí para esconder la cabeza. Nadaban serpientes y extraños dragones, y de vez en cuando «salía del cuerno un canto de muerte, un canto terrible». Beowulfo se lanzó al agua; bajó al través de los monstruos que chocaban con su cota de malla hasta dar con la ogra, con «la homicida detestable», que, echándole la zarpa, se le llevó hacia su guarida. Lucía un pálido rayo, y se vió en frente de «la loba del abismo», la poderosa mujer del mar. Empezó el ataque con «su espada de batalla, la cual, blandida con impetu, entonó por encima de su cabeza un imponente canto bélico». Pero viendo que ni el filo ni la punta penetraban en la carne, retorció á su enemiga entre los brazos y la derribó al suelo, mientras ella, «con su ancho cuchillo de filo oscuro», pugnaba por traspasar la cota que le cubría. Rodaron así hasta que Beowulfo vió cerca de él, entre las armas, «una espada afortunada en la victoria, una antigua espada gigantesca, de filo seguro y pronta á servir, obra de los gigantes. La asió del puño el guerrero de los Scyldings, blandiéndola violenta y terriblemente. Desesperando de su vida, dió un tajo con furia, alcanzando al cuello de la ogra y rompiendo los anillos de la espina; la hoja atravesó toda la carne maldita. El monstruo vino al suelo; la espada estaba ensangrentada. El hombre se recreó en su obra. Entró la luz. La sala estaba alum-

brada como cuando desde el cielo luce suavemente la lámpara del firmamento». Entonces vió á Grendel muerto en un rincón, y cuatro de sus compañeros, levantando con trabajo la monstruosa cabeza, la llevaron por los pelos hasta la casa del rey.

Tal es su primera obra, y el resto de su vida es semejante. Cuando hubo reinado cincuenta años en su tierra, un dragón, á quien habían robado su tesoro, salió de la colina y fué á quemar los hombres y las casas de las islas «con olas de fuego». Entonces «el amparo de los condes mandó que le hiciesen un escudo abigarrado, todo de hierro», sabiendo bien que un escudo de madera de tilo sería insuficiente contra las llamas. El príncipe «era demasiado altivo para buscar á la bestiaza volante con una tropa, con muchos hombres. No temía por sí mismo aquella batalla. No hacía caso de la enemistad del gusano, de su esfuerzo ni de su valor». Y, no obstante, estaba triste é iba contra su voluntad, porque «su destino se acercaba». Vió una caverna, «un hueco debajo de la tierra, cerca de las olas del Océano, cerca del embate del mar, que por dentro estaba llena de adornos en relieve y de brazaletes. Sentóse en el promontorio el rey avezado á la guerra, y se despidió de los compañeros de su hogar»; porque, aunque viejo, quería exponerse por ellos, «ser el guardián de su pueblo». Gritó, y acudió el dragón echando fuego; la espada no hizo mella en su cuerpo, y el rey quedó envuelto en la llama. Sus compañeros se habían internado en el bosque, salvo uno, Wiglaf, que acudió al través del humo, «sabiendo que no era la antigua costumbre abandonar al pariente, al príncipe, dejándole sufrir angustias, dejándole caer en la batalla». «El gusano, el pérfido innoble, pintarrajeado de ondas de fuego, se

pone furioso... Ardiente y feroz en la guerra, enganchó todo el cuello del rey con sus garras envenenadas. Se ensangrentó en la sangre de la vida. La sangre corría á raudales.» Ellos con sus espadas, le partieron por en medio. Pero la herida del rey se encontró; conoció que tenía dentro el veneno, y se sentó cerca del muro en una piedra «mirando la obra de los gigantes, viendo cómo la eterna caverna, con sus arcos de piedra, se mantenía firme sobre pilares». Luego dijo: «He tenido este pueblo bajo mi custodia durante cincuenta inviernos. No había un rey entre todos mis vecinos que se atreviese á venir á mi encuentro con hombres de guerra, á atacarme con el miedo. Yo he defendido bien mi tierra; no he recurrido á emboscadas de traidor; no he pronunciado injustamente muchos juramentos. Por todo eso, aunque herido mortalmente, puedo estar alegre... Ahora, querido Wiglaf, ve inmediatamente á ver el tesoro que se halla bajo la piedra gris... Ese montón de tesoros le he comprado con mi muerte. Podrá servir para las necesidades de mi pueblo. Me regocijo de haber podido adquirir tal tesoro para mi pueblo, antes de morir... Ahora no necesito permanecer aquí más tiempo.»

He ahí la generosidad completa y verdadera, no exagerada y ficticia, como lo será más tarde en la imaginación novelesca de los zurcidores de aventuras. La ficción no se aleja aquí mucho de las cosas, y bajo el héroe se siente palpitar el hombre. Por tosca que sea tal poesía, este héroe es grande, porque lo es sencillamente y por sus obras. Ha sido fiel á su príncipe y á su pueblo ha ido voluntariamente á exponerse en una tierra extraña por librar á los hombres; se olvida de sí al morir para pensar que su muerte aprovecha á otros. «Todos nosotros, dice una vez, tenemos que

llegar al fin de esta vida mortal. Así que cada uno haga justicia, si puede, antes de morir.» Mirad esos monstruos que ha destruido, últimos recuerdos de las antiguas guerras contra las razas inferiores y de la religión primitiva; considerad esa vida peligrosa, esas noches pasadas sobre las olas, esos esfuerzos del hombre en pugna con la naturaleza bruta, ese pecho invencible que estruja los pechos bestiales, y aquellos colosales músculos que arrancan á los monstruos jirones de carne, y veréis reaparecer, entre las nebulosidades de la leyenda y á la luz de la poesía, á los hombres valerosos que, en medio de los desafueros de la guerra y los arrebatos del temperamento, empezaban á asentar un pueblo y á fundar un Estado.

V

Un poema casi entero, con dos ó tres fragmentos de poemas, he ahí todo lo que subsiste en Inglaterra de esa poesía seglar. El resto de la corriente pagana, germana y bárbara, quedó detenido ó cubierto, primeramente por la introducción del Cristianismo, y después por la conquista de los francos de Normandía. Pero lo que subsiste basta y sobra para mostrar el extraño y poderoso genio poético que hay en la raza, y para que se vea de antemano la flor en el capullo.

Si hubo jamás en alguna parte un profundo y serio sentimiento poético, es aquí. Esos hombres no hablan, cantan, ó más bien gritan. Cada uno de sus versos es una aclamación, y sale como un zumbido; levanta

sus poderosos pechos un estremecimiento de cólera ó de entusiasmo, y de pronto viene á sus labios involuntariamente una frase, una expresión oscura. Ningún arte, ningún talento natural para describir una á una y con orden las diversas partes de un acontecimiento ó de un objeto. Los cincuenta rayos de luz que cada cosa envía sucesivamente á un espíritu regular y medido, llegan á éste á la vez, en una sola masa ardiente y confusa, trastornándole con su sacudida y su aflujo. Escuchad estos cantos de guerra, verdaderos cantos atropellados, violentos, tales como cuadraban á aquellas voces terribles; es hoy, y á esta distancia, separados de nosotros por las costumbres, por la lengua y por diez siglos, todavía se los oye:

«El ejército sale (1). Los pájaros cantan. La cota de armas retumba. La viga de guerra (2) resuena; el escudo responde á la lanza. Entonces brilla la luna, errante entre las nubes; entonces se levantan las obras de venganza que debe cumplir la cólera de este pueblo... Entonces se oyó en la muralla el tumulto de la refriega mortífera. El escudo protector de los huesos hubo de romperse en las manos de los valientes. Las tablas de la ciudadela retumbaron, hasta que cayó en la batalla Garulfo, el primero de todos los hombres que habitan en la tierra; Garulfo, el hijo de Guthlaf. En torno de él yacían moribundos muchos valientes. Por encima giraba el negro y sombrío cuervo. Había un fulgor de espadas, como si estuviese ardiendo todo Finnsburg. Jamás oí contar batalla más hermosa de ver.»

(1) *Finnsburg*, publicado por Grein como apéndice á su edición especial de *Beowulfo*, páginas 75-76, Cassel, 1867.

(2) La lanza, la espada.